ROMANTICISMO Y HUMANISMO EN ANTONIO MACHADO *

«¿Qué era ese romanticismo alemán hasta el cual me atraía tantos seductores llamados? Si yo quería expresar el sentido de sus exploraciones espirituales y precisar por qué nos importaban a los hombres modernos, era necesario pasar de la lectura deleitosa de sus obras a su estudio, trazar límites y buscar rasgos que fuesen comunes a todos los rostros románticos. Durante mucho tiempo fui de fracaso en fracaso; había comenzado por recurrir a las innumerables obras en que la crítica alemana, desde hace algunos años, se esfuerza por encontrar una fórmula del romanticismo. Muchos análisis y puntos de vista, profundos, vivos, perspicaces en las páginas de estos libros. Pero la síntesis suprema que definiera sin reservas el espíritu romántico parece escaparse a todas las tentativas.»

Albert BEGUIN
(«El alma romántica y el sueño»)

LA UNIDAD HOMBRE Y OBRA

Inmerso en las mayores honduras espirituales de su patria, sufriendo paciente y sustantivamente sus mismos vaivenes, encarnando sus mejores readiciones y sus poderosas venas o perfiles romántico y humanista, Antonio Machado se nos aparece como una de las más vivas y patéticas imágenes de su España por él tan querida. Podrá parecer exagerado lo de «patético», pero si se miran sus días finales en el destierro hasta la hora de su muerte y si se considera cierto deambular suyo por las provincias de su patria

«En estos campos de la tierra mía,
y extranjero en los campos de mi tierra» (1).

---

* El poco tiempo dispuesto para la preparación de este trabajo —respondiendo a una invitación para mí honrosa de la Dirección de «CUADERNOS HISPANOAMERICANOS»—, me ha impedido consultar la bibliografía existente sobre Machado, así como calar más hondo y dar mayor desarrollo a mis valoraciones sobre el gran poeta.

Todas las citas en verso han sido tomadas de las «Poesías completas» de Antonio Machado (Losada, Buenos Aires, 1946) y que señalaremos como P. C. Las citas en prosa corresponden a «Juan de Mairena» I y II (Losada, Buenos Aires, 1942) y a «Abel Martín» (Losada, 1943), que indicaremos como J. M. I y II y A. M., respectivamente.

P. C.: 1, 2, 3, 5, 7, 12, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31; 32, 33; 34. 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 55, 56, 57, 58; 59; 60, 61; 62; 63; 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 11 corresponden, respectivamente, a las páginas: 146, 145, 172, 89, 255, 144, 81, 145, 29, 30, 33, 43, 35, 82, 73, 83, 41, 102, 43, 44, 58, 66, 149, 144, 164, 73, 146, 76, 78, 78, 79, 250, 144, 218, 170, 174, 228, 113, 10, 10; 97, 71, 172, 252, 229, 176, 182, 14, 261, 78, 14, 11, 45 y 11.

J. M. I: 4, 6, 13 y 14, corresponden, respectivamente a las páginas 47, 44 y 45.

J. M. II: 6, 13, 15, 45, 46, 81 y 82: páginas 34, 44, 45, 54, 35 y 67, respectivamente.

A. M.: 11, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 79: páginas 53, 152, 11, 12, 121, 57, 76, 79 y 144, respectivamente.

y el fallecimiento tan prematuro de su esposa cuyo recuerdo lo acompañará triste y tiernamente toda su vida, así como su metafísica sustentada por una desesperada esperanza

«Vive, esperanza: ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!» (2).
.....
«Confiemos
en que no será verdad
nada de lo que sabemos« (3).

podremos ver en este firmísimo roble español uno de esos símbolos humanos en los cuales se encarna enteramente un país. Uno de sus mejores símbolos, desde luego. Porque Machado resume, a mi entender, ese romanticismo y ese humanismo, de tan noble cepa los dos, que son condiciones esenciales de lo más verdaderamente hispánico, ese romanticismo y ese humanismo que corporizan el Cid y don Quijote, aunque perdida la razón este último en pos del ideal, ¿pero cuándo, podrá preguntarse uno, ha sido la razón romántica y humana, sino que son estas virtudes más bien del corazón y de lo más entrañable del ser, virtudes que no se alcanzan solamente con la cultura ni con el entendimiento, sino que se llevan en la sangre y en los más hondos sentimientos del hombre?

Antonio Machado es uno de esos poetas que a uno se le meten en el alma. Si se lo leyó en la mocedad, seguramente que nuestra sensibilidad quedó marcada para siempre con su acento por su influjo humano. Porque en él la poesía se vierte sobre el individuo, de cuya hondura nace. Porque en él la poesía está nutrida por lo esencial del hombre. Porque en él «la poesía es diálogo de un hombre con su tiempo» (4), es decir, testimonio del hombre que vive su vida en este momento y en este sitio y lo da directamente y directamente llega a su destinatario. Su poesía es palabra dentro de ese tiempo que es la eternidad de cada uno y, por ello, lo más entrañable y sustantivo de su propio ser. La vida de Machado es como una parábola de pureza, de transparencia, de bondad y de hondura

«soy en el buen sentido de la palabra, bueno» (5).

Resume en sí lo mejor del hombre y traslada a su poesía el hombre que profundamente es: «El que no habla a un hombre no habla al hombre, el que no habla al hombre no habla a nadie» (6).

El hombre vivo, esencial, el hombre humano y hermano de los hombres, el hombre de carne y hueso unamuniano, el hombre de carne

y hueso que lucha con molinos de viento, siempre detrás de su ideal, sin ceder un instante en esa trayectoria que le señala españolísticamente, más que su cerebro, su propio corazón. Creo que esto es lo distintivo del español: su pasión, la pasión del hombre por el hombre, la pasión del hombre por la vida. Cervantes, Quevedo, Goya, Picasso, de Falla, Machado... ¿Hace falta hacer nombres acaso? Lo importante es sentir lo español como pasión humana y como esperanza en que esa pasión salvará al hombre en la verdad y en la plena justicia de su destino, como quería el Quijote

«porque en amor locura es lo sensato» (7)

como lo ansiaba Antonio Machado, con su profunda fe y amor por el pueblo.

Para entrar en su poesía es indispensable tener presente al hombre, sentirlo de nuevo como lo sentimos cuando por primera vez nos acercamos a su obra. Y entonces nunca hay, como en él, tan profunda unidad entre hombre y obra, entre poeta y poesía. Por eso he querido señalar esos rasgos españolísimos, a mi entender latinoamericano, de este gran poeta, a quien «Cuadernos Hispanoamericanos» ha querido rendir un nuevo y justiciero homenaje al cumplirse el centenario de su nacimiento. Y al decir «mi entender latinoamericano» pienso que estoy dando cuenta de una larga y ancha admiración de que disfrutó y aún sigue disfrutando Machado en estas tierras nuestras. No voy a referirme a las influencias de esta rica poesía en las líricas zonas de América Latina, pero citaré solamente un testimonio y es el del pequeño, pero valioso libro de un cordobés, el escritor Santiago Montserrat: *Poesía y pensamiento de Antonio Machado* (primera edición, Losada, 1943; última ed., Universidad Nacional de Córdoba) (8), que aunque publicado hace bastantes años se han hecho después varias ediciones. Debo confesar que este ensayo de Montserrat se me impuso cálidamente, porque el autor, de sensibilidad fina y sólida formación filosófica, con amorosa devoción, examina la lírica y la metafísica machadianas y mediante un enfoque certero y rico en sugerencias revive a Machado y penetra en sus honduras poéticas y ontológicas con apasionada admiración y sagacidad crítica.

Al abordar a Machado (9) lo hago con la convicción de que en el autor de *Soledades* se da una síntesis extraordinaria de romanticismo-popularismo-humanismo que no es sólo atribuible a su primera etapa poético-vital, sino que se prolongará a través de toda su vida, como sustento y como constante de su obra. Tal vez lo romántico no tenga ya la entonación ni la exteriorización de su primer período; pero de-

cantado, purificado, regará lo esencial de su poesía. Entendido esto como una fuerza que se irradia y vierte desde el corazón, como una exaltación del sentimiento que en Machado será fundamental y recordando que él mismo había dicho que «Una nueva poesía supone una nueva sentimentalidad, y ésta a su vez nuevos valores» (10). El suyo es un romanticismo, claro está, que propone nuevos valores. No lo romántico visto desde el ángulo de una determinada escuela literaria ni como concepto a lo clásico, sino más bien como una forma de sentir la vida, como una preeminencia de sentimientos perdurables en la existencia del hombre, lo romántico como incesante y profunda reacción contra las frías conceptuaciones de la razón y el predominio de los valores utilitarios. Sin duda, que la palabra puede a veces poner en guardia a alguna gente, pues, como tantas, es ésta una palabra desprestigiada o subestimada en nuestro tiempo de preponderancia de lo racional, lo técnico y lo científico que poco o nada tiene que ver con el concepto a que siempre se la ha ligado: lo romántico como sentimentalismo o exuberancia de una sensibilidad exagerada. Sin embargo, cuando pensamos a fondo en ella —en la palabra romántico—, no podemos menos que reconocer su profunda raíz humana y su persistente radicación en el corazón del hombre. Aún más: como una de esas grandes fuerzas que constantemente están influyendo en el alma del individuo para producir su revitalización y su cambio, tendiente a encontrar contenidos y formas renovadoras y hasta revolucionarios. Machado era un poeta que se alimentaba en el hombre, que se nutría de su propio corazón, sabiendo que de él partían sus más hondas verdades y sus irreductibles esperanzas. Por eso había escrito: «Hay una crisis sentimental que afectará a la lírica, y cuyas causas son muy complejas. El poeta pretende cantarse a sí mismo, porque no encuentra temas de comunión cordial, de verdadero sentimiento. Con la ruina de la ideología romántica, toda una sentimentalidad, concomitantemente, se viene abajo» (11). No nos engañarán entonces su pensamiento filosófico ni su inmersión en la metafísica; tanto que ellos estarán dados, no directamente, sino a través de personajes de su invención, como Juan de Mairena y Abel Martín. Porque estas categorías del pensamiento eran máscaras intelectuales, en el mejor sentido del término, que habían adoptado su alma y su sensibilidad para mostrar al mundo otras facetas que las representaban como entidades pensantes y no en la profundidad de su condición subjetiva. Machado, en el fondo, era un subjetivo, un hombre que había vivido a partir de sus emociones y que cuando la vida lo fue golpeando —sobre todo después de la muerte de su joven esposa— adoptó defensas y recursos intelectuales que más que al poeta correspondían

al pensador subyacente en todo gran poeta, pero que a la vez que constituían una unidad profunda y coherente se desdoblaban a veces en dos personalidades distintas. Por eso la relatividad escéptica con que él mismo miraba su propio discurrir mayéutico y las valoraciones de su ser reflexivo; porque su ser era antes que nada o sustantivamente, ser sensitivo, ser que creía en el valor fundamental del sentimiento, en la proyección de éste sobre la vida y en el fervor que él mismo irradia o emana. Pero al advertir lo romántico en Machado, por contraposición no se puede dejar de considerar lo clásico en el mismo, puesto que si *Campos de Castilla* cierra su primera gran etapa poética, con este libro comienza la otra gran etapa española de su poesía. Es éste el tiempo en que Machado siente florecer vigorosamente su sentimiento nacional, su exaltado amor por España, pero jamás chauvinista, sino que a la vez que celebrará los seres — y sobre todo sus hombres más preclaros, como se verá en *Elogios*—, las cosas y el paisaje españoles, también, a su debido tiempo, pondrá candentemente el dedo en las llagas existentes.

¿QUE ES EL ROMANTICISMO?

> «Me resigné a la incertilumbre de las clasificaciones y decidí escoger instintivamente «mis» románticos, según hubieran tenido o no, frente al sueño, esa actitud que me había atraído desde un principio en algunos de ellos. No era posible definir en cuatro líneas ni en quinientas páginas lo que es el romanticismo, pero me enfrentaría a él pidiéndole respuestas a esas preguntas que surgían de nuestra inquietud y plegándome a los métodos de investigación que me parecían impuestos por el ejemplo mismo de los románticos.»
>
> Albert BEGUIN

He considerado siempre el romanticismo, fundamentalmente, como la exaltación del sentimiento y del sentimiento del amor por encima de todas las cosas. El romanticismo bien entendido, en mi opinión, es una forma de poner lo espiritual por encima de lo material o utilitario; de levantar la vida hasta un supremo nivel y valor amoroso y en el poeta consiste esencialmente en la elevación y profundización de su lirismo hasta lo más raigal y sustantivo que él mismo contiene. También se puede mirar el romanticismo como una negación de la realidad tal cual es, como un deseo intenso de que ésta sea distinta y como una oposición a su corriente, una manera de nadar contra ella y a toda costa, rebeldemente, ansiar su cambio espiritual. El romanticismo está impregnado de una fuerza idealista y sueña manejarse con categorías puras para concluir imponiendo su visión hermosa o perfeccionada de la realidad material. Así lo real para

Machado será, en definitiva, la emoción creadora y lo demás resultará apariencia.

«mi corazón está vagando en sueños» (12).

.....

«... ¡Sólo tu figura
como una centella blanca
en mi noche oscura!
(...).
En el gris del muro
cárcel y aposento
y en un paisaje futuro
con sólo tu voz y el viento;
(...)
¡siempre tú!, Guiomar, Guiomar,
mírame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar» (13).

.....

«Cuando el Ser que se es *hizo la nada*
y reposó, que bien lo merecía,
ya tuvo el día noche, y compañía
tuvo el hombre en la ausencia de la amada» (14).

.....

«Todo amor es fantasía» (15).

Siempre el corazón de Machado estará «vagando en sueños», tanto que si repasamos toda su poesía, como ya se advierte en los versos anteriormente transcriptos, en muchos de ella el sueño se confunde con la realidad; continuamente el sueño está influyendo, irrigando la realidad: ya sea el propio poeta el tema, ya sean éste los demás hombres, la tierra, el paisaje, las cosas, como corresponde a un verdadero temperamento romántico. Primero fue el sueño del amor anhelado:

«recordé—, yo he maldecido
mi juventud sin amor» (16).

después fue el sueño del amor perdido:

«Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.»
(...)

«¡Eran tu voz y tu mano
en sueños, tan verdaderas! (17)

Sueño-nostalgia —de lo eterno— esperanza de reencontrar el amor perdido: este sentimiento está siempre latente en todo su recorrido vital e intelectual, subyace en su corteza de pensador, de hombre que ha enseñado a su sensibilidad a pensar y a cubrirse con el pudoroso manto de la reflexión escéptica para evitar su desnudez al mundo (porque «No hay que ofender el pudor de las divinidades del sueño», como diría Nerval).

«Yo voy soñando caminos»
(...)
«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón» (18).
.....
«Amada, el aura dice
tu pura veste blanca...
No te verán mis ojos,
¡mi corazón te aguarda! (19).
.....
«La calle en sombra. Ocultan los altos caserones
el sol que muere; hay ecos de luz en los balcones.
¿No ves en el encanto del mirador florido,
el óvalo rosado de un rostro conocido?
(...)
¡Oh angustia! Pesa y duele el corazón... ¿Es ella?
No puede ser... Camina... En el azul, la estrella» (20).
.....
«Con el sabio amargo digo: Vanidad de vanidades,
todo es negra vanidad;
y oyó otra voz que clamaba, alma de sus soledades:
sólo eres tú, luz que fulges en el corazón, verdad» (21).
.....
«...Y caminar en sueños
por amor de la mano que nos lleva» (22).
.....
«Lleváronse tus hadas
el lino de tus sueños» (23).
.....
«Los caminos del valle van al río
y allí, junto del agua amor espera.
¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío
de joven, oh invisible compañera? (24).
.....
«De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños» (25).

En *Soledades, Del Camino, Canciones, Humorismos, fantasías y apuntes, Galerías* y *Varia* —todos los libros anteriores a *Campos de Castilla*— constantemente fluye en Machado la idea del amor, casi siempre nostálgico o doliente y la visión ensoñada de la realidad. Innumerables son los ejemplos que pueden ilustrar esta afirmación, como los que acabamos de ver y en los que apenas insistiremos para no fatigar al lector que conocerá mejor que nosotros a Machado. Señalaremos solamente de qué modo su romántico y panteísta sentimiento lo lleva a identificarse a veces con la misma naturaleza:

«Y algo que es carne en nuestra carne siente
la humedad del jardín como un halago» (26).
.....
¿Eres tú Guadarrama, viejo amigo,
la sierra gris y blanca,
(...)
«mil Guadarramas y mil soles vienen
cabalgando conmigo, a tus entrañas» (27).

Es tan intensa la imposición del corazón que frecuentemente el poeta estará dialogando, en relación con su contorno natural, con la amada ausente o muerta ya:

«Mi amor... ¿Recuerdas, dime,
aquellos juncos tiernos,
lánguidos y amarillos
que hay en el cauce seco?...

¿Recuerdas la amapola
que calcinó el verano,
la amapola marchita,
negro crespón del campo?...» (28).

Y oigamos aquí exultante, pero suavizado y contenido, su grito romántico:

«¡Oh dime, noche amiga, amada vieja,
que me traes el retablo de mis sueños
siempre desierto y desolado, y sólo
con mi fantasma dentro,
mi pobre sombra triste
sobre la estepa y bajo el sol de fuego,
o soñando amarguras
en las voces de todos los misterios,
dime, si sabes, vieja amada, dime
si son mías las lágrimas que vierto.
Me respondió la noche:

Jamás me revelaste tu secreto.
Yo nunca supe, amado,
si eras tú ese fantasma de tu sueño,
ni averigüé si era su voz la tuya
o era la voz de un histrión grotesco.

Dije a la noche: Amada mentirosa,
tú sabes mi secreto;
tú has visto la honda gruta
donde fabrica su cristal mi sueño,
y sabes que mis lágrimas son mías,
y sabes mi dolor, mi dolor viejo« (29).

Ya el poeta diría tiempo después con el mismo tono apesadumbrado:

«Recuerdo que una tarde de soledad y hastío
¡oh tardes como tantas! el alma mía era,
bajo el azul monótono, un ancho y terso río
que ni tenía un pobre juncal en su ribera.»
(...)
¡Oh el alma sin amores que el universo copia
con un irremediable bostezo universal!»
(...)
Y se alejó en silencio para llorar a solas» (30).

El verso alejandrino y el tono elegíaco de estas estrofas configuran a un verdadero romántico de comienzos de siglo; forma de la cual Machado pasará sin esfuerzo, cuando la ocasión lo exija, al octasílabo romancesco:

«Anoche cuando dormía
soñé ¡bendita ilusión!
que una fontana fluía
dentro de mi corazón» (31).

Años más tarde, purificada, como un ritornelo que no cesará de oírse a través de toda su vida, volverá a brotar la fundamental queja romántica por la esposa desaparecida:

«¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!» (32).

De lo emotivo a lo intelectual, del sentimiento cada vez más hondo y más maduro —que no de lo meramente sentimental— a la refle-

xión, Machado completará su parábola romántico-popular-humanística a través de una obra lírica y metafísica como pocas veces se ha dado en el mundo de habla hispánica. Vitaliza el romanticismo vinculándolo con lo popular y lo profundiza con la metafísica, y la realidad que no ha podido transformar con el ensueño reflejará, sin embargo, este contacto idealizador, esta impronta que le dejó grabada el poeta. Hemos anotado que el romántico es, en nuestra opinión, el que quiere transformar la realidad desde la idealidad de sus sueños. Sueños con otra realidad más bella, que le es impuesta por su corazón: la realidad del amor. Y por ella vive y aunque su existencia adopte muchas actitudes o máscaras, en el fondo de sí alimentará la ilusión de que la vida se transfigure para felicidad de sus sueños, para satisfacer la ficha que su corazón todavía pretende. Repasando toda la poesía anterior a *Campos de Castilla* encontramos en ella, a cada momento como en parte lo hemos visto, alusiones a estados del sentimiento, a situaciones melancólicas, a afanes amorosos, a efusiones líricas. Pero como dijimos que el poeta tiene el pudor de sus sentimientos, que tiene el pudor de su romanticismo en un tiempo en que éste se ha venido a menos, lo irá cubriendo con ropajes disimuladores o, con la madurez, se convertirá en hombre de pensamiento reflexivo que parezca sobreponerse o superar la primordial actitud romántica. Un hombre que piensa filosóficamente ya no es un romántico y esa idea puede despistarnos con respecto a Machado. Pero la verdad es que la porción o zona pensante de Machado es consustancial también o está ensamblada a la zona vital importantísima que ocupa en él el sentimiento. Y tal vez él de buenas ganas habría cambiado lo que la zona del pensamiento produjo por no haber perdido aquel amor que un día le hizo exclamar patéticamente:

> *«Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería».*
> *(...)*
> *Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar»* (33).

Quizás podamos intensificar nuestro concepto diciendo que el romanticismo, como lo vemos en Machado, es sentir al hombre por encima de todo, sentir al otro ser como parte integradora de uno mismo, sentir lo que nos falta en aquella que se ama para constituir una unidad esencial y totalizadora. Y por todo ello es romántico Machado: porque exalta el amor, porque se abandona lúcidamente al sentimiento en su más elevada expresión y con su más honda sustancia. En toda la primera parte de su obra exalta y deja fluir el sentimiento naturalmente, como un sentimiento que escapa hacia el mundo, hacia el prójimo y hacia el paisaje. Romanticismo que se

sublimiza en el amor por la esposa muerta para seguir comunicándose con ella por vía precisamente del sentimiento y del ensueño. El romántico es el soñador por excelencia, el que ha puesto el ensueño como condición de su vida, como fuerza capaz de transformar —lo dijimos— su propia realidad, como ideal y como sueño de otra realidad más hermosa. Es el quijotesco amor por Dulcinea y el quijotesco amor por el ideal:

«¿No tuvo en esta Mancha su cuna Dulcinea?
¿No es el Toboso patria de la mujer idea
del corazón, engendro e imán de corazones,
a quien varón no impregna y aun parirá varones?» (34).

En cuanto el corazón del hombre en sus más elevadas tendencias y afanes está imponiéndose a la razón y a la conciencia objetiva y fría, hay romanticismo; hay una preeminencia del sentimiento y un abandono a una profunda esencia de la vida que proviene del hecho de sentirla intensamente, más allá del puro pensamiento o de la mera lógica. Sentir es la condición fundamental del poeta; pensar es la condición fundamental del filósofo. Machado logra más tarde una síntesis admirable de ambas, pero antes, toda su etapa previa al enclaustramiento, cada vez más riguroso, en el ámbito del pensamiento, ha sido romántica y la configuración está en su propia poesía: poesía del corazón, poesía del sentimiento derramado por el mundo, vertido sobre el contorno próximo y aun sobre el más allá, lejano, cuando es ensueño que recrea la realidad para que ésta no niegue ni seque las fuentes del corazón, porque en ellas se nutre su propia razón de ser, de existir y su esperanza de reencontrarse con el bien perdido.

«Desde el umbral de un sueño me llamaron...
Era la buena voz querida.

—Dime: ¿vendrás conmigo a ver el alma?...
Llegó a mi corazón una caricia.

—Contigo siempre... Y avancé en mi sueño
por una larga, escueta galería,
sintiendo el roce de la veste pura
y el palpitar suave de la mano amiga.»
.....
«Llamó a mi corazón, un claro día,
con un perfume de jazmín, el viento.

—A cambio de este aroma,
todo el aroma de tus rosas quiero.

—No tengo rosas; flores
en mi jardín no hay ya: todas han muerto.

—Me llevaré los llantos de las fuentes,
las hojas amarillas y los mustios pétalos.
Y el viento huyó... Mi corazón sangraba...
Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?» (35).
.....
«esta amargura que me ahoga fluye
en esperanza de Ella...» (36).

Pocas veces se ha dado, en verso, una definición más exacta y condensada de sí mismo dentro de su propio contorno físico y a la vez del «mal» romántico, como en las dos cuartetas que transcribimos en seguida:

«Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.»
.....
«así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla» (37).

La confesión es desgarradora, patética y el tono elegíaco no disminuirá en los versos que recordaremos de los poemas que siguen en el mismo libro (con el tiempo volverá a verse a sí mismo: «Yo en este viejo pueblo paseando / solo, como un fantasma»):

«Desnuda está la tierra,
y el alma aúlla al horizonte pálido
como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta en el ocaso?

Amargo caminar, porque el camino
pesa en el corazón» (38).
.....
«La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.

Allá sobre los montes,
quedan algunas brasas.
Y ese árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima.
(...)
¿Lloras?... Entre los álamos de oro,
lejos, la sombra del amor te aguarda» (39).

En la visión emocionada del paisaje («La tarde está muriendo», etc.) y en la identificación de éste con el alma del hombre hay una notable coincidencia con el futuro Vallejo de *Los heraldos negros.* Luego, Machado le dirá «A un viejo y distinguido señor» que puede ser él mismo visto en perspectiva y con el correr de los años:

«Te he visto, por el parque ceniciento
que los poetas aman
para llorar, como una noble sombra
vagar, envuelto en tu levita larga» (40).

El romanticismo de Machado, que él mismo se lo plantea más tarde en su famoso verso «¿Soy clásico o romántico?», no concluye cuando llega a *Campos de Castilla.* Sufre o gana, sí, una rigurosa elaboración, un artístico y filosófico depuramiento; pero la objetivación de su realidad interior, el equilibrio armonioso que ha alcanzado con el mundo tangible, el logro de formas de pensamiento y de estilo acordadas con el espíritu clásico, no significan que el romántico haya muerto, no, muy lejos de ello. Significan que el poeta ha buscado la manera de que sus sentimientos trasciendan hasta conseguir una universalidad permanente, que su emoción purificada se eleve hasta una forma perdurable, eterna, de revelarse. Y los poemas que vuelve a dedicarle a su esposa:

«¡Cómo en el alto llano tu figura
se me aparece!... Mi palabra evoca
el prado verde y la árida llanura,
la zarza en flor, la cenicienta roca.

Y al recuerdo obediente, negra encina
brota en el cerro, baja el chopo al río;
el pastor va subiendo a la colina;
brilla un balcón en la ciudad: el mío,
el nuestro. ¿Ves? Hacia Aragón, lejana,
la sierra de Moncayo, blanca y rosa...
Mira el incendio de esa nube grana,

y aquella estrella en el azul, esposa.
Tras el Duero, la loma de Santana
se amorata en la tarde silenciosa.»
(...)
«Mi corazón está donde ha nacido
no a la vida, al amor, cerca del Duero...» (41).

(Antes, con «el corazón siempre vagando en sueños», la había interrogado e incitado a seguir el camino juntos:

«¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco: dame
la mano y paseemos» (42).

hacen patente esta afirmación, esta sospecha de que el gran Machado morirá romántico, en el alto y hondo estilo de un gran romántico de nuestro siglo, es decir, un romántico cuya sublimación del sentimiento (porque la herida que le abrió la muerte de su joven esposa no cesó jamás de sangrar) y cuya exaltación del ideal como ambición mayor y como ensueño están sustentados por la fuerza y la conciencia lúcida de un humanismo abrevado en los valores permanentes del individuo, por lo cual ha confluido y confluirá siempre como hombre, como pensador y como poeta hacia el pueblo y la celebración de lo popular. Y su misma adhesión a la República Española desde un comienzo hasta el fin tiene este signo, hasta el último de sus días. Por eso había dicho por boca de Mairena: «El pueblo sabe más, y sobre todo mejor que nosotros» (...) «Pensaba Mairena que el *folklore* era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender, para poder luego enseñar bien a las clases adineradas» (43). Y por eso había escrito, entre tantas páginas en este sentido memorables, aquellas hermosas coplas:

«Molinero es mi amante,
tiene un molino
bajo los pinos verdes,
cerca del río.
Niñas, cantad:
«Por la orilla del Duero
yo quisiera pasar.»
(...)
Colmenero es mi amante
y, en su abejar,
abejicas de oro
vienen y van.
De tu colmena,
colmenero del alma,
yo colmenera» (44).
Etcétera

Cuando llora la muerte de Federico García Lorca en su gran poema de todos conocido, Machado está consumando una elegía de alto vuelo romántico-dramático. El sentimiento se exalta hasta su mayor intensidad y hondura y lo vincula con todo: con el mundo que lo rodea, con los hombres, con la Muerte misma a quien, trágicamente,

humaniza y otorga un sentido de comunicación afectiva que sólo puede brotar de un corazón donde el romanticismo tiene raíces muy hondas, metidas en el subsuelo del más cálido y redentor humanismo.

«Labrad, amigos,
de piedra y sueño, en el Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llore el agua,»

El hecho de que Machado haya objetivado sus experimentos y buscado entonces en lo racional una explicación fundamental al problema de la existencia y a las cuestiones esenciales que plantea la filosofía, no niega su condición romántica ni menos, claro está, su humanismo, sino más bien que los confirma, sobre todo a este último. Pero el pensamiento ontológico de Machado, las indagaciones y especulaciones de Juan de Mairena o de Abel Martín, jamás lo alejarán del sentimiento del hombre, de la constante-hombre en su discurrir mayéutico. Machado se volverá sobre el ser para indagarlo, para sentirlo más, para comprobarlo como esencial heterogeneidad, para comprobarse a sí mismo que toda gran poesía se sustenta en la vida y que al sustentarse en la vida, en su sustancia y en el alma, es metafísica y que en su capacidad para sentirla toda está inmersa su capacidad para sentir al Otro y sentir a los demás. Machado se sentirá siempre en los demás hombres y ahí está la condición básica, esencial, de su romanticismo, porque no se tratará jamás de un sentimiento que pueda parecer de algún modo «reaccionario», sino que mira hacia adelante, que mira al prójimo solidariamente y que anhela su redención. Y por eso también el sentido moral que lo respalda, que lo vuelve positivo y le permite pisar en tierra firme. Machado supera desde un comienzo el egoísmo intelectual para entregarse al yo de los demás, al sentimiento humano de todos. Por eso, además, su ponderación del hombre-pueblo, su exaltación del valor humano, de la condición humana por encima de todo,

> «porque por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre» (45).

En conclusión: que su romanticismo, idealistamente abierto hacia lo popular, sostenido por su profundo humanismo constituye finalmente el sentimiento de la belleza del mundo y la esperanza en el amor de los hombres. Su romanticismo es un acto de amor y su humanismo una fe en los valores superiores de la humanidad y condensa el temperamento español, el genio y figura, hasta la sepultura,

la visión fraternal de un hombre diferente, de un hombre, por lo tanto, nuevo. «El romanticismo —decía mi maestro (dice Machado refiriéndose a Juan de Mairena)— se complica siempre con la creencia en una edad de oro que los elegíacos colocan en el pasado, y los progresistas, en un futuro más o menos remoto. Son dos formas (la aristocrática y la popular) del romanticismo, que unas veces se mezclan y confunden y otras alternan, según el humor de los tiempos. Por debajo de ellas está la manera clásica de ser romántico, que es la nuestra, siempre interrogativa: ¿Adónde vamos a parar?» (46).

Poeta íntimo, esencial, metafísico, «filósofo trasnochado» como se llamará a sí mismo en un verso ya citado, siempre será el hombre que siente la vida, el hombre aferrado unamuniamente a sus sentimientos como a una tabla de salvación, porque en sus sentimientos está la fe del más allá, está la fe en el absoluto, está la personalísima fe de Machado de volver a encontrarse con su esposa perdida («¡Vive, esperanza: quién sabe / lo que se traga la tierra!»). Su romanticismo y su humanismo son una fe en el hombre y en la eternidad del hombre.

«Anoche soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía...
Después soñé que soñaba» (47).
.....
«¿Dices que nada se crea?
No te importe, con el barro
de la tierra, haz una copa
para que beba tu hermano» (48).
.....
«Dice la razón: Busquemos
la verdad.
el corazón: Vanidad.
La verdad ya la tenemos» (49).
.....
«Creí mi hogar apagado,
y revolví la ceniza...
Me quemé la mano» (50).

No obstante todo lo dicho hasta este momento, no será vano retornar nuestro pensamiento a las palabras de Beguin en el libro que hemos citado en el epígrafe del presente trabajo: «Convencido, con mis poetas y mis filósofos, de que no conocemos sino lo que llevamos en nosotros mismos y de que no podemos hablar sino románticamente del romanticismo, he tratado de conformar los pasos de mi investigación a estos principios románticos. Por otra parte, el fracaso de tantos críticos empeñados en juzgar desde un punto de vista goethiano

a los contemporáneos de Goethe habría bastado para prevenirme en contra de cualquier otro método que no fuera el de la simpatía».

LA CRISTALIZACION CLASICA

Cuando Machado llega a la plenitud intelectual y nos entrega *Campos de Castilla*, el contenido romántico de su poesía ha derivado hacia lo clásico, en cuanto se ha vuelto objetivo y su armonía y equilibrio formal guardan una condigna relación con la realidad exterior. Pero esta actitud clásico-objetiva estará siempre nutrida por su esencial temperamento romántico-afectivo y lo que antes era sólo una visión o imagen de su alma ante el mundo, será ahora una visión de España mirada desde su corazón, una imagen de la tierra que lo rodea pero que es percibida desde sus propias entrañas, desde sus profundas raíces humanas que se comunican y transfieren cálidamente por intermedio de su contorno. Por eso en uno de sus posteriores prólogos de *Campos de Castilla* había escrito: «Si miramos afuera y procuramos penetrar en las cosas, nuestro mundo externo pierde en solidez, y acaba por disipársenos cuando llegamos a creer que no existe por sí, sino por nosotros. Pero si, convencidos de la íntima realidad, miramos hacia adentro, entonces todo nos parece venir de fuera y es nuestro mundo interior, nosotros mismos, lo que se desvanece» (51). Tal vez aquí esté el exacto problema del poeta romántico que buscando la cristalización de lo clásico para llegar a la perfección a que aspira, quiere salir de sí mismo y mirarse reflejado, exteriorizado en el mundo que lo circunda y envuelve y que al efectuar este acto de desenvoltura o de desdoblamiento sobre lo que está afuera de él, este contorno extraño pasa a ser él mismo, como antes se desvanecía su propia interioridad sobre el mundo que ahora ha captado o resumido definitivamente en su espíritu: «¿Qué hacer entonces?», se preguntaba Machado, para responderse de inmediato: «Tejer el hilo que nos dan, soñar nuestro sueño; sólo así podremos obrar el milagro de la generación». Soñar nuestro sueño: ¿No es ésta una proposición fundamentalmente romántica, y siempre filosófica si se quiere, pensando en la conclusión del otro gran poeta español que dijo que «La vida es sueño»?

A partir de allí es cuando Machado trata de lograr esa síntesis entre el sueño de la realidad y la realidad del sueño, entre el mundo que emerge de la visión interior del mismo y la visión interior que brota de la contemplación del mundo, que era una forma también de adecuar su conmovida existencia íntima a las difíciles exigencias

de la realidad. «Y pensé que la misión del poeta era inventar nuevos poemas de lo eterno humano, historias animadas que, siendo suyas, viviesen, no obstante por sí mismas» (52). Esto lo lleva a buscar en el romance la vía de expresión más acabada de la poesía: «Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía y quise escribir un nuevo Romancero». Será ésta otra forma de su romanticismo derramado sobre lo popular o asimilándose a éste, buscando comunicación con lo tradicional humano, con lo secularmente representativo de la voz de todos, porque el verdadero romántico, por la exultante intensidad de sus sentimientos, está más abierto a los demás, busca en el pueblo la proyección del prójimo, de los otros hombres. Acaso sea ese deseo de salir de sí mismo para entrar en todos, en «la otredad de lo uno», donde a la vez va a hallar de nuevo su propio ser, aquello que lo conduzca a reflexionar sobre sus personales raíces y sustentos metafísicos, a filosofar sobre «la esencial heterogeneidad del ser», pero no a través de un sistema de ideas, sino mediante un diálogo o monólogo humano, fragmentario, abrupto, chispeante, lleno de gracia y de dispersión españolas, socráticamente, donde se unen a su particular condición romántica e idealista, su ascetismo y estoicismo tan hispánicos los unos como los otros. Por eso podrá decirle a las juventudes socialistas unificadas de 1937, con palabras que quiero subrayar porque confirman mi opinión sobre su ya comentado temperamento: *«Tal vez porque soy demasiado romántico, por el influjo, acaso, de una educación demasiado idealista,* me falta simpatía por la idea central del marxismo»... (53).

Esta opinión nos ha llevado también a extenderla sobre el propio temperamento español, cuyo fondo romántico-idealista hemos sospechado siempre. De ahí que hayamos visto en este gran Machado a una quintaesencia de lo hispánico, a un poeta que encierra las mejores riquezas de un alma tan localista, tan aferrada a su paisaje y al mismo tiempo tan universal, tan abierta a todos, tan distinta al resto de Europa, pero capaz de sentir y de asimilar a todo el Viejo Mundo en cuanto éste tenga de asimilable, lo cual posiblemente provenga del calor humano de su pueblo y de su sensibilidad abierta y dramáticamente vivida. Y como la poesía y el pensamiento de Machado provienen directamente de su vida, también ésta es romántica, en cuanto ha puesto por encima de todo a los valores espirituales, exaltando el sentimiento por sobre cualquier actitud práctica e integrada con la realidad circundante. De este modo también su metafísica estará impregnada de romanticismo, en el mejor y más alto sentido en que estamos tratando este concepto, en su forma de sentir el Ser, de sentir su heterogeneidad —la vastedad cambiante del

alma—, colocando el sentimiento humano como fuente y sostén de aquél. Y también su fe en el hombre y su fe en el pueblo que condensa y resume al primero de una manera comunitaria y fraterna. De allí, consecuentemente, la emoción de su poesía, a veces conmovedora, porque siempre su acento está puesto en el hombre y dirigida a éste. Poesía del hombre y para el hombre. Podrá argüirse que toda poesía es del y para el hombre; sin embargo no es así, porque hay una poesía que más que todo se dirige a sí misma, a su creador en un sentido «puro» de éste y mayormente sin otro fin que él mismo, una poesía por la poesía, cerebral y que cree más en esta facultad intelectual que en el sentimiento y en la emoción humanos. Y en Machado ocurría todo lo contrario. Por esta razón se da de tal manera la presencia de la mujer en su lírica, el sentimiento hacia ella exaltado e idealista y la relación definitiva con su mujer, más allá de la muerte. «La amada —dice Abel Martín— (54) acompaña antes que aparezca o se oponga como objeto de amor; es, en cierto modo, una con el amante, no al término, como en los místicos, del proceso erótico, sino en un principio.»

«Gracias, Petenera mía;
por tus ojos me he perdido;
era lo que yo quería» (55).
.....
«Y en la cosa nunca vista
de tus ojos me he buscado:
en el ver con que me miras» (56).
.....
«La mujer
es el anverso del ser.»
.....
«Sin el amor, las ideas
son como mujeres feas,
o copias dificultosas
de los cuerpos de las diosas» (57).
.....
«Dicen que el hombre no es hombre
mientras que no oye su nombre
de labios de una mujer.
Puede ser» (58).
.....
«En ese jardín, Guiomar,
en ese jardín que inventan
dos corazones al par,
se funden y complementan
nuestras horas» (59).
.....
«¡Sólo tu figura,

como una centella blanca,
en mi noche oscura!» (60.

Y he aquí —en la boca de su otro yo, Abel Martín— la visión más desrealizada y sublimada del amor y de la amada y que resulta la culminación de su sentimiento romántico:

«Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás» (61).

LO ESPAÑOL Y LO POPULAR

«Porque la verdadera poesía la hace el pueblo.»
A. M.

De lo expuesto surge claro y explícito que percibimos a Machado como una síntesis de la mejor poesía española de todas las épocas, quizás como al poeta nacional por excelencia, síntesis clásica pero a la vez moderna, tradicional-popular pero al mismo tiempo futura; armoniosa, equilibrada, de suma delicadeza pero a la vez romántica y apasionada. Machado habló mucho de las intuiciones más bien como una condición instintiva y romántica y esta manera de ser de su temperamento se comprueba al penetrar en *Campos de Castilla, Elogios, Nuevas Creaciones,* etc., y en casi toda su poesía de esa época, donde encontramos verificada esta percepción nuestra de Machado y de lo español, desde el punto de vista de este fervor por el autor y por su obra. El suyo es el canto de la tierra, el canto a la patria esencial donde pueden resonar indirectamente —en espíritu— las voces preclaras de Góngora:

«¡Oh excelsos muros, oh torres coronadas
de honor, de majestad, de gallardía!»
(...)
«nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tu muro, tus torres y tu río,
oh llano y sierra, oh patria, oh flor de España!»

o los famosos ecos de Quevedo:

«miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados».

Pero Machado no se queda en la exterioridad de la tierra, en la bella y exacta descripción del paisaje:

«El Duero cruza el corazón de roble
de Iberia y de Castilla.
¡Oh tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos, sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla hacia la mar!» (62).

sino que penetra en ellos, los conmueve, los anima, los humaniza, haciéndonos sentir al hombre que los habita, que ha nacido de ellos y vive por ellos. Y con toda emoción y cálida vivencia nos entrega y nos hace sentir a España, amar a España, a su pueblo, a sus

«¡Gentes del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!» (63).

Visto de cuerpo entero, en todas sus dimensiones, Machado se nos aparece como lo esencial de España: es Cervantes, Quevedo y Góngora, es Lope y Calderón, es Bécquer y Unamuno, resumidos, aunque dentro de ciertas naturales limitaciones. Es el sentimiento y el pensamiento de España encarnados en su verbo, que viene de su vida. Porque en el grande español el verbo proviene de su vida y porque en él mismo es donde se percibe mejor esa espléndida síntesis de temperamento romántico y apasionado y de espíritu clásico, universal.

Y cuando decimos todo esto, podemos pensar también, como resumen, en que hay en Machado tres etapas bien definidas: la primera, romántica, intimista, subjetiva; la segunda, objetivista, donde el poeta se vierte enteramente sobre las gentes y el paisaje español, partiendo de las constantes exteriores y dándole a su poesía muchas veces un carácter descriptivo, pero enraizándola cada vez más en lo popular, que él amaba tanto como ha de verse de nuevo en sus *Coplas y cantares* y en sus consideraciones inapreciables acerca de lo popular; la tercera: que es una vuelta, en cierta y medida forma, al intimismo romántico, pero ahora muy purificado el sentimiento y adensado por su concentración y ahondamiento metafísico. Sin embargo, en esta última etapa, España, sus gentes y sus cosas per-

manecerán como temas vivos, calientes de su poesía y de su prosa y la mirada del poeta y del pensador se tenderá, amplia y hermosa, sobre las figuras y los motivos candentes que su patria le ofrece (recuérdese su famosa MEDITACION DEL DIA, de 1937) (64); creyendo y poniendo sus mejores esperanzas en el pueblo, porque Machado era materia viva, encendidamente española y se reconocía subjetiva y fervorosamente en el pueblo. Era así síntesis preclara de su país y de sus gentes. Era España misma cantando, padeciendo y esperando hasta su último momento.

¿Quién ha sentido como Machado el paisaje español, la reciedumbre de la tierra castellana y al hombre que secularmente la habita?

«¡Soria fría, Soria pura,
cabeza de Extremadura,
con su castillo guerrero
arruinado sobre el Duero;
con sus murallas roídas
y sus casas denegridas!

¡Muerta ciudad de señores
soldados o cazadores;
de portales con escudos
de cien linajes hidalgos,
y de famélicos galgos,
de galgos flacos y agudos,
que pululan
por las sórdidas callejas
y a la medianoche ululan,
cuando graznan las cornejas!
(...)
¡Oh sí! Conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrépita,
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estábais en el fondo de ella?» (65).

Machado descubre magistralmente lo que ve, pero como queda dicho, esto no responde a una actitud meramente objetiva o contemplativa ante el paisaje, sino a un hondo sentimiento humano, activo ante esas tierras de España, que él mira con cautivado amor o también con enojo y lástima cuando exclama:

«Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.»
(...)

«La madre en otro tiempo fecunda en capitanes,
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes» (66).
(...)
«La España de charanga y pandereta,
cerrado y sacristía,
devota de Frascuelo y de María.»
(...)
«Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.»
(...)
«Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea» (67).

En *Campos de Castilla*, Machado nos está mostrando a España por fuera y también por dentro y en «El Dios ibero» nos descubre al hombre español encarado con acritud a su potestad, elevando su alabanza y profiriendo al mismo tiempo su blasfemia («La blasfemia forma parte de la religión popular —nos había dicho por boca de Mairena—. Desconfiad de un pueblo donde no se blasfema») (68), estampando finalmente estos fuertes versos:

«¿Quién ha visto la faz al Dios hispano?
Mi corazón aguarda
al hombre ibero de la recia mano,
que tallará en el roble castellano
el Dios adusto de la tierra parda» (68).

En todo Machado está presente el sentido ontológico de su poesía, de su poesía enfrentada a la realidad, pero a una realidad que tiene un trasfondo, a una realidad que no es simple exterioridad, sino que es profunda o que puede serlo por sus singulares contenidos. Este libro se nos impone como la visión más vigorosa, real y honda que ha dado la poesía española acerca de estas tierras tan reveladoras del alma hispana, tan llenas de energía natural y de una fuerza metafísica que brota de la carne del paisaje y del hombre enlazado o encadenado a él. Tierra y paisaje se confunden con el hombre y a la vez con el sentimiento de Dios y de la muerte:

«¡Oh tierra ingrata y fuerte, tierra mía!
¡Castilla, tus decrépitas ciudades!
¡La agria melancolía
que puebla tus sombrías soledades!

¡Castilla varonil, adusta tierra,
Castilla del desdén contra la suerte,
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte!» (69).

Esta forma viril y patética de sentir a Castilla y a toda su patria, nos conduce directamente al agónico sentimiento de Machado que por eso podrá decirnos:

«Yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas» (70).

Y de esa guerra con sus entrañas —íntima guerra del solitario romántico, guerra del español esencial, unamuniano— brotarán muchos de sus versos más perdurables, más por encima de su época y de la exterioridad hispana, aquellos donde, por batallar consigo mismo, «en sueños lucha con Dios» y donde sus huellas son el camino, y nada más, porque

«Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar» (71).

Pero en estos «Proverbios y cantares», como en las bellas «Canciones del alto Duero», que tienen la llaneza y el poder de síntesis del lenguaje popular, Machado vuelve otra vez a su interior reino de sueños, mezclando a éstos con la directa realidad que canta y cuenta o que piensa y proyecta sobre su propia intimidad, consumando magistralmente eso mismo que nos dirá después:

«Canto y cuento es la poesía.
Se canta una viva historia,
contando su melodía» (72).
.....
«¿Conoces los invisibles
hiladores de los sueños?
Son dos: la verde esperanza
y el torvo miedo.»
(...)
«Con el hilo que nos dan
tejemos, cuando tejemos» (73).
.....
«Anoche soñé que oía
a Dios gritándome: ¡Alerta!
Luego era Dios quien dormía,
y yo gritaba: ¡Despierta!» (74).
.....

«El demonio de mis sueños
ríe con sus labios rojos,
sus negros y vivos ojos,
sus dientes finos, pequeños» (75).

SU HUMANISMO

Hemos llegado primeramente a la comprobación del romanticismo de Machado; luego a la derivación de éste hacia lo popular español que constituye la vivificación de aquel temperamento y su proyección sobre el mundo exterior; y por último a su sustento metafísico y humanístico.

La realidad de Antonio Machado ha sido siempre, en el fondo, una realidad subjetiva descreadora de la realidad común, externa, a la que ha reinventado en el sueño, en el mágico reinado del sueño o viceversa («Inquietud, angustia, temores, resignación, esperanza, impaciencia que el poeta canta, son signos del tiempo, y al par, revelaciones del ser en la conciencia humana» (76), había dicho Machado en 1931), estableciendo a éste en el imperio de la realidad, siendo ellas acusadas maneras de un romanticismo consciente de sí y purificado en su modo expresivo, clásico en sus fines de perdurabilidad, como más tarde deviene. Cuando el autor de *Campos de Castilla* se preguntaba: «¿Soy clásico o romántico?», ya había corrido mucha agua bajo los puentes y el sentido de la forma, el equilibrio alcanzado por su conciencia como síntesis de una visión general del mundo, el afinado gusto por el estilo armonioso del verso y de la expresión y su pensamiento filosófico, tanto como el afán de superar lo meramente «romántico» para derivarlo hacia un alto lirismo de calidad universal cristalizado en un lenguaje capaz de perpetuarse, le prestan una entonación y una actitud distintas que lo han conducido a una quintaesencia de lo romántico donde éste ya no se da ostensiblemente, sin que por ello pueda o no subyacer en la forma objetiva del pensamiento poético. Hay en su nueva etapa hacia lo clásico, cierta exterioridad que lo distancia del anterior sentimiento o disposición romántica ante la vida. Sin embargo, el sentido de la armonía y de las ajustadas proporciones, propios de la madurez que ha traído consigo un mayor reposo, un mayor gusto por las superficies tersas y pulidas del verso, no aseguran que su temperamento hubiera declinado en su vital manera de manifestarse. La emoción ante la existencia subsiste porque es propia de su condición hiperestética que el mismo poeta había denunciado, que determina su manera de sentir la vida, de captarla y de recibirla no a través de su

cerebro, sino más bien por medio de su sensibilidad y de sus intuiciones, aunque detrás de ellas se agazape el hombre reflexivo que quiere controlarla y dirigirla hacia otros niveles intelectuales. Su formación filosófica ha establecido modos de percepción o de evaluación de la realidad, formas de rechazarla o de aceptarla, de asimilársela racionalmente según sus conveniencias y tabla de valores y ya referidas a un orden y concepción metafísicos; pero en el fondo el hombre es el mismo —el hombre que conversa con el hombre que siempre va con él, que es el subjetivo por excelencia y tal vez el romántico más auténtico, porque deja prevalecer el impulso o la exaltación anímica por encima de la suprema razón fría y calculadora—, en sus profundidades Machado continúa aferrado a los reclamos de su corazón y una de esas muestras más acabadas y patéticas lo constituye el amor eternamente fiel a su mujer desaparecida y su espiritual comunicación con ella. Pero esa comunicación de Machado se da con todo y en todo y por eso «espera con Dios hablar un día». Toda su conciencia, su filosófica lucidez, su espíritu crítico, tan aguzados en su prosa diamantina, en su famoso *Juan de Mairena* y en el posterior *Abel Martín,* no frustran ni impiden al poeta romántico que siga creyendo en el amor más allá de la muerte, condición más que romántica, espiritual hasta el sumum, porque el poeta, con los años, ha cambiado formal pero no temperamentalmente. Su respuesta al inquisitivo «¿Soy clásico o romántico? No sé», es una simple evasiva, una salida del poeta no exenta de cierta duda, de una misteriosa imposibilidad para separar estas dos fronteras del ser. El es las dos cosas: un romántico y un clásico. Es clásico porque su cultura y su conciencia crítica lo han llevado a una consolidación de las formas artísticas o, si se prefiere, a un equilibrio y armonías profundas que gobernarán su espíritu y su estilo. Pero su fondo humano, su percepción de la vida continuarán siendo románticas, en su españolísima condición de genio y figura, hasta la sepultura y también dentro del famoso «¿Quién que es no es romántico?», de Rubén Darío. Por eso mismo es que Machado puede tender un magnífico puente entre el pasado clásico español y la nueva lírica de su país, cuyo ímpetu está nutrido de un dionisíaco romanticismo, de un nuevo y vital romanticismo. De ahí que ese gran romántico Siglo XX de América Latina, que es Pablo Neruda, haya tenido tanta influencia en España.

En la dicha aprehensión de lo humano que particulariza a Machado, en su forma viva y cálida de sentir al hombre, de considerarlo en todo su valor y en todas sus limitaciones y pobrezas, es donde percibimos la hondura de sú sentido humanístico y de su proyección sobre

el campo espiritual de la España de su tiempo y que sin duda influye en aquella riquísima y espléndida generación del 27. Ellos, personalísimos como fueron, no exhibieron su ascendencia, porque artísticamente había un despegue hacia otro horizonte, relacionado con las nuevas corrientes estéticas, con las vanguardias literarias imperantes entonces en Europa. Pero esta generación de tan importantes poetas mostrará una idéntica actitud vital y humana con respecto a Machado y con relación a España. Entre ellos y el autor de *Campos de Castilla* hay un nexo indestructible que supera las modas y los estilos poéticos. Es un vínculo de fondo, entrañable, que uno comprobará al leer el desgarrador poema de Machado a la muerte de García Lorca. Todo aquel amor de Machado por Lorca, extensivo a otros poetas de esa generación, es el mismo sentimiento que ésta debió experimentar por quien escribió aquellos inolvidables versos:

> *«¡Madrid, Madrid! ¡qué bien tu nombre suena,*
> *rompeolas de todas las Españas!*
> *La tierra se desgarra, el cielo truena,*
> *tú sonríes con plomo en las entrañas»* (77).

Sin duda que Machado amaba a esa generación extraordinaria porque veía y comprobaba que en ella reflorecía la España de sus amores, la España que él buscara ansiosamente a través de su paisaje y de sus hombres y especialmente de su pueblo, lo cual nunca habremos de perder de vista. Pueblo y paisaje crean un vínculo indestructible entre Machado y la generación lorquiana y al admirar a uno se admira a la otra y viceversa.

Por todo ello, volvemos a confluir hacia el convencimiento de que Machado se da como una síntesis singular del espíritu y del pensamiento españoles, diría mejor, del sentimiento español, de un sentimiento que está manando sobre la vida y recreándola desde su profunda subjetividad, como a algo que no es sólo realidad sino también ensueño (ya hemos dicho que en la poesía de Antonio Machado hay una perfecta concordancia entre la realidad y el sueño). Porque por encima de su universal condición humana (o como un río que corre por debajo de ella misma) el español es una forma de sentir la vida, es una arquitectura vital donde predomina el sentimiento del hombre; más: podría arriesgarse que el español es y ha sido siempre existencialista.

Si hay poetas que provienen del pensamiento y poetas que nacen del sentimiento, Machado es de los segundos, pero que pueden ver, valorativamente, los primeros. Machado es el poeta que canta, que canta siempre; aun las cosas del pensamiento, las razones filosóficas

de su mente son cantadas por él. Jamás, creo, predomina en Machado el hombre que piensa racionalmente, desde y solamente con su cerebro, sino el hombre que siente y a la vez razona o reflexiona filosóficamente. Es decir, el hombre que ha convertido su sentimiento en una forma de pensar y su pensamiento en una forma de sentir. Todo ello fluye y confluye hacia su interior soterrado, a las fuentes profundas del espíritu humano como condición inmanente del hombre. Lo inmanente del hombre es lo que se acusa más cumplidamente en Machado. Lo inmanente del hombre es lo que se resuelve en una forma viva de su humanismo, del humanismo español que consiste en una actitud doctrinaria de sentir y de realizar la cultura, de hacer la cultura con su vida, dándole su sangre y su esencia más profunda. A diferencia de las otras culturas europeas, la cultura española será siempre humanística, porque resultará más que una manera de pensar al hombre o de pensar en el hombre y de realizarlo artística y científicamente, un modo profundo de sentirlo. Es la forma que tiene el Quijote de solidarizarse con el individuo débil o inerme y de luchar por él, es la manera unamuniana que se resuelve en su sentimiento trágico de la existencia, trágico no porque piense, sino porque siente el drama humano, porque sufre la agonía del hombre, la agonía del hombre que es una lucha entre la vida y su muerte, entre su querer vivir y su no querer morir. Esta forma de sentimiento de la existencia se da españolísticamente en Machado como fluencia viva, emocional, subjetiva y aun cuando su poesía, como hemos visto, alcance las medidas equilibradas y armoniosas de lo clásico. Por eso hemos apreciado cuán romántico era y a la vez cuán clásico; es decir, cuán español, porque el español más alto es un modo equilibrado de ser romántico y clásico al mismo tiempo, como Quevedo —flor y sangre españolas—, como Picasso, como Falla, etc. Tomar la obra poética y prosística de Machado entre las manos es como sentir —parodiando a Whitman— la vida palpitante de un hombre, *la vida palpitante del hombre.* Todo en él está, reiteramos, referido al hombre: los seres, el paisaje, las ciudades y los pueblos, las cosas, los objetos, porque en él está siempre predominante su forma de sentir el hombre y de sentir el mundo, su entrañable condición humana. En Machado no hay una fractura entre su conciencia y la realidad. sino una unidad, dolorosa a veces, amorosa siempre; de allí su sentimiento de la soledad y la búsqueda del amor que salve de la soledad o que lo una a otro ser para vivir profunda y sustantivamente su soledad. Su sentimiento de la vida y su sentimiento de la muerte son una misma cosa («que muero porque no muero»). Porque en él el ser se debate entre esos dos términos antitéticos y sinóni-

mos a la vez, que se repelen y se atraen desesperadamente porque mientras más se quiere vivir más se está muriendo o más se está sintiendo a la muerte o la irremediable condición de la vida cuyo término o continuación (?) es aquélla. Síntesis y conflicto al mismo tiempo, que en Machado muchas veces se resuelven afirmativa y equilibradamente, como cuando canta a la esposa muerta viva en él mismo, viva en sus sueños («Y allí te vi vagando en un borroso / laberinto de espejos» (78). Por lo cual, dijimos, su existencia y su poesía son una perfecta concordancia entre la realidad y el sueño, entre la realidad que destruye y el sueño que reconstruye, entre el pensamiento que dice no y la esperanza que afirma sí; el eterno dilema que en el español se plantea dramáticamente y se vive también dramáticamente.

CONCLUSIONES

Para totalizar esta concepción de Machado, desde mi ángulo de vista, diré que la singularidad de este gran poeta reside en el hecho de haber tendido un puente entre la poesía clásica española y la moderna lírica de su país. De esta forma su influencia sobre la generación de Lorca puede ser amplia —aunque no lo parezca así artísticamente—, no sólo porque Machado supera el modernismo rubendariano, sino porque muestra a los que surgen entonces las nuevas posibilidades de la poesía, como ocurre con el romancero que él trató de renovar, tarea inconclusa que realizará después magníficamente García Lorca. Tal disposición de Machado, ya destacada en páginas anteriores donde hemos recordado la importancia extraordinaria que en cierto momento Machado atribuyó al romance, influye sin duda en el hecho de que los jóvenes poetas como el luego autor del *Romancero Gitano* y Rafael Alberti busquen en la popular fuente de inspiración o vuelvan los ojos hacia un paisaje vivo, viviente, que ya Machado había considerado con ojos cálidos, un paisaje donde está inserto, existencialmente, el hombre español. Lo cual los llevó a comunicar en forma moderna con lo popular y a crear una poesía de ardorosas raíces vitales. «La tierra de Alvargonzález» puede haber sido monitor en ese sentido.

Asimismo, quizás uno de los grandes méritos de Machado consista en haber descubierto el alma de Castilla a través del hombre y del paisaje castellanos y por extensión todo el paisaje y el alma españoles. Pero Machado no para allí: en su sentimiento vivo y humano del paisaje y en el «reencuentro» con el hombre hispano, sino que va

mucho más lejos; porque de esa actitud emocional o subjetiva, de este sentimiento poético y humano de España y del hombre, Machado pasa a la vez a una actitud crítica, reflexiva y filosófica que lo conduce a mirar el individuo español simplemente como hombre vivo, sin exageraciones chauvinistas, considerándolo en sus valores, su desnudez, sus limitaciones y defectos, poniéndole un espejo para que se mire y aprecie a sí mismo. Y eso lo hace extraordinariamente, con hondura metafísica y a la vez con soltura y gracia irónica en su notable *Juan de Mairena* y en *Abel Martín,* respectivamente. El primero es un libro fundamental para conocer el espíritu machadiano, en cuanto pensamiento, y al mismo tiempo conocer el hombre hispánico, sin afeites, sin melindres, sin vanidades ni jactancias patrioteras. *Juan de Mairena* es un resumen de filosofía existencial y de gracia de vivir reflexivamente. (Ya en 1917, en uno de los sucesivos prólogos de *Campos de Castilla,* Machado había dicho: «... algunas rimas revelan las muchas horas de mi vida gastadas —alguien dirá: perdidas— en meditar sobre los enigmas del hombre y del mundo» (79). En este libro —como en *Abel Martín,* que no le va en zaga en sus merecimientos—, Machado se nos revela como un filósofo sin pretensiones de serlo, un hombre que, a la manera socrática, se divierte filosofando, dando a las cosas todo el valor que ellas tienen y al hombre sus justos méritos y su lugar en la tierra, pero sin exagerar, sin ponerse nunca solemne, y es por allí por donde se vierte magistralmente su rico humanismo, es decir, su auténtico sentido del hombre, su forma de solidarizarse con la persona humana y de estimarla («porque por mucho que un hombre valga»..., etc.).

Tratándose en su caso de un verdadero humanismo, es innecesario decir que el mismo en Machado está nutrido por un hondo sentido moral. Tanto su vida como su poesía y su pensamiento filosófico aparecen sustentados y sustantivados por un concepto ético de la existencia. Pero sí conviene destacar reiterativamente que en su romanticismo no hubo jamás una actitud desvinculada con la realidad, sino más bien que en todo aspiraba a transformarla tanto práctica como espiritualmente. De este modo no resultan extrañas tanto las motivaciones esencialmente populares en que se inspiran muchos tramos de su trayectoria poética, como sus expresiones y conceptos —y, asimismo, últimamente su decidida postura civil— referidos a la situación político-social de su país o a la realidad práctica, como cuando dice en los dramáticos años que todos sabemos que él está *«de todo corazón del lado del pueblo»* **(79).**

«Mi ideario político se ha limitado siempre a aceptar como le-

gítimo solamente el gobierno que representa la voluntad libre del pueblo» (80). En el párrafo anterior había dicho: «Carezco de filiación de partido, no la he tenido nunca, aspiro a no tenerla jamás.» «Escribir para el pueblo (...) ¡qué más quisiera yo! Deseoso de escribir para el pueblo, aprendí de él cuanto pude, mucho menos —claro está— de lo que él sabe. Escribir para el pueblo es, por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer. Y es mucho más, porque escribir para el pueblo nos obliga a rebasar las fronteras de nuestra patria, es escribir también para los hombres de otras razas, de otras tierras y de otras lenguas. Escribir para el pueblo es llamarse Cervantes, en España, Shakespeare, en Inglaterra, Tolstoi, en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez alguno de ellos lo realizó sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. En cuanto a mí, mero aprendiz de gay-saber, no creo haber pasado del folklorista, aprendiz, a mi modo de saber popular» (81).

«Mi respuesta —agregaba Machado— era la de un español consciente de su hispanidad, que sabe, que necesita saber cómo en España, casi todo lo grande es obra del pueblo o para el pueblo, cómo en España lo esencialmente aristocrático, en cierto modo, es lo popular» (82).

Desearíamos ver con más detalle, con más sistema —si lo poseyéramos, por otra parte, debemos aclarar muy mairenamente— la condición humanístico-metafísica de Machado, porque ella es, dijimos, esencialmente española, definitoria del alma española, sustantivamente hispánica. Si por un lado, como lo hemos advertido, Machado tiende un hermoso puente (no olvidemos tampoco en este sentido a Juan Ramón Jiménez) entre la poesía clásica española y las modernas corrientes líricas de su patria, por otro lado, caudaloso, sustantiviza el espíritu español en cuanto éste tiene de humano, de romántico y de metafísico. Es, en mucho, el Quijote de la poesía de su país, el Quijote como hombre y, desde luego, como creador; es, como Unamuno, otra de las grandes imágenes del espíritu español, otra de sus grandes figuras mentoras. Aplacadas las borrascas de los tiempos, se podrá ver en Antonio Machado a una figura clave de la lírica española de todas las épocas, como poeta y como humanista, como escritor metafísico, que siempre el español, en cuanto apure su grandeza, se vuelve metafísico, porque metafísico es Cervantes, Quevedo, Lope, Góngora, Unamuno y toda su poesía esencial, como sus grandes pintores y arquitectos, puesto que el español es fundamentalmente dramático cuando no trágico. El sentimiento trágico de la existencia lo lleva a ser metafísico o por ser metafísico es devorado por el senti-

miento trágico de la existencia. Lo uno y lo otro. Y eso está bien claro en la historia de su pensamiento filosófico y en las corrientes más profundas de su literatura y de su poesía, de su arte todo y ello no necesita ahora de comprobaciones y, menos, por supuesto, de un latinoamericano que lo único que ha hecho en estas páginas es testimoniar su admiración y recogimiento ante el genio español, ante ese genio español que encarna singularmente Antonio Machado.

Ahondar en Machado, en su poesía y en su pensamiento será ahondar en España, en sus realidades más profundas y candentes y en su destino de glorias y de escombros, en su historia extraordinaria y patética. Labor ésta que realizan y continuarán realizando, por cierto, los apasionados hijos de ese país que, nosotros los latinoamericanos, sentimos con fervor.

FELIX GABRIEL FLORES

Sargento Cabral, 870
CORDOBA (ARGENTINA)